

Claudia Molinari

The Mexican War y el presidente James K. Polk: la formación del Estado norteamericano en el siglo XIX

Durante el siglo XIX, la conquista de territorios por parte de Estados Unidos era ante todo una política de Estado, del Estado que se crea a sí mismo, basada en la idea del progreso y en oposición permanente al poder de Europa.

La adquisición de territorio fue una necesidad económica y social, casi un impulso vital, debido en parte al arribo de millones de inmigrantes provenientes del continente europeo y de otros lugares del mundo. Este particular fenómeno migratorio, así como la emergencia política del sistema de gobierno federal bajo un régimen presidencialista y una ideología liberal, produjeron un movimiento social que algunos historiadores han llamado *expansionismo*, producto y productor de una ideología motriz peculiar: *el destino manifiesto*.

En este contexto, *The Mexican War*, es decir, la guerra que el congreso de Estados Unidos declaró formalmente a México el 13 de mayo de 1846 representó, desde la perspectiva del gobierno de ese país:

- 1) La primera guerra extranjera dirigida e imaginada desde Washington.
- 2) Una táctica para la adquisición de territorio que sigue a la imposibilidad del gobierno de Estados Unidos para llegar a un arreglo comercial o diplomático con el gobierno mexicano.
- 3) Un asunto primordial de Estado.
- 4) Una defensa a ultranza de la Doctrina Monroe.
- 5) Y finalmente, un acuerdo de paz con México que significó la legitimación de la apropiación del territorio de Nuevo México y de la Alta California, dando así inicio a la conquista del Oeste.

¿Cómo podemos explicar esta guerra desde una perspectiva transfronteriza? Si su finalidad era justamente la delimitación formal de una frontera entre Estados Unidos y México, ¿cómo sabremos entenderla desde una perspectiva etnohistórica? Una guerra cuyo resultado histórico inmediato fue la modificación y delimitación legal de una frontera internacional, que significó el acontecimiento de ruptura más importante en el septentrión americano durante el siglo XIX, desde la posición de todos los pueblos asentados antes de 1848 en ese vasto espacio geográfico. El Tratado de Guadalupe Hidalgo, que signó la paz entre ambos países, celebrado el 2 de febrero de 1848, repercutió en la vida de esos pueblos, básicamente nómadas atapascanos y yutoaztecas, modificando o incluso desintegrando sus estructuras sociales, provocando repliegues y reacomodos territoriales. Fue precisamente después de la delimitación de la nueva frontera en el río Bravo, que las correrías nómadas de apaches y comanches se incrementaron y convulsionaron los poblados del "Antiguo México", es decir, de Chihuahua, Sonora, Coahuila y Nuevo León. ¿Cómo podemos explicar esta guerra desde una perspectiva política?, una *guerra de Estado*, tanto para Estados Unidos como para México.

La historiografía de este acontecimiento ha tendido a explicar los sucesos a partir de visiones peculiares, respetando los mitos funcionales de la cultura a la que se adscribe, lo que nos permite afirmar la existencia de una historiografía estadounidense y una historiografía mexicana sobre la guerra misma entre ambos países, las cuales interpretan la historia desde una geopolítica propia y



Indio pápago, retrato, Sonora, ca. 1870 (Fondo Culhuacán, Fototeca INAH, inv. 418 107)

nacional. A esas visiones debemos todo lo que sabemos sobre *La Guerra del 47* o *The Mexican War*.

Por lo que concierne a este artículo, es el primero de una trilogía que intenta explicar este acontecimiento desde tres visiones: la del Estado norteamericano, la del Estado mexicano y la de los pobladores apaches del territorio que pertenecía formalmente a México hasta 1848, y luego pasó a formar parte de la Unión Americana. Este ensayo se enfoca mediante una especie de *zoom* hacia la perspectiva norteamericana de la guerra.

The Mexican War y la creación del Estado norteamericano

En su excelente artículo "La guerra entre Estados Unidos y México, 1846-1848", Jesús Velasco y Thomas Benjamin argumentan una sugerente explicación a este acontecimiento que tomaremos como punto de partida para nuestro propio análisis.

Por principio, ubican el conflicto en el marco del desarrollo de ambos países, considerándolo como parte de

una historia común entre ambas naciones, donde las historias de cada una de ellas se traslapan en determinados momentos como lo fue en 1846. Es decir, en su opinión no podemos entender a Estados Unidos sin México, ni a México sin Estados Unidos.

Por cierto, al momento de su guerra —afirman los historiadores—, ambos países se encontraban en la encrucijada de sus respectivos proyectos nacionales. México y Estados Unidos padecían una crisis política como resultado de sus movimientos de independencia y de las condiciones en que se declararon esas independencias. Curiosamente, ambos países enfrentaban la necesidad de una unión nacional frente a los riesgos de las secesiones. Así, "la guerra estuvo íntimamente relacionada con esas condiciones críticas y fue un importante componente de su solución final". Después de la guerra, ambos países experimentaron un proceso acelerado de confrontaciones internas que se resolvieron con la hegemonía de un solo polo del poder: los liberales en México y los nordistas en Estados Unidos.¹

Desde la declaración de independencia de Inglaterra en 1789, el gobierno de Estados Unidos intentó un singular y muy apropiado experimento: crear una nación a partir de un Estado. Un Estado que, a diferencia del débil Estado mexicano, se consolidó muy tempranamente y se propuso entonces crear una nación.

Esa consolidación significó evidentemente una lucha de poderes, confrontaciones políticas y finalmente una guerra civil: expresiones de dos modelos distintos e irreductibles de capitalismo. Antes de la Guerra de Secesión o Guerra Civil (1861-1865), que afirmara la hegemonía del Norte sobre el Sur y la propuesta industrial de los primeros, la oposición de esos dos sistemas económicos produjo un conflicto ideológico, a veces desgarrador para sus protagonistas, que fue configurando a ese Estado como el eje rector de la vida pública que orquestaba y construía a la nación; se elaboraban leyes para normar la vida nacional, la economía, las relaciones públicas. Legislaciones que debían ser aprobadas por los

¹En Estados Unidos se produjo la guerra civil al tiempo que en México se imponía el imperio francés, encabezado por Maximiliano de Habsburgo y Carlota de Bélgica (1862 -1867). Durante los años que siguieron a la guerra con Estados Unidos, en México se precipitó la consolidación del proyecto imperial conservador, se produjo la Guerra de Reforma (1854 -1857), que fortaleció a los liberales, en tanto los conservadores —en reacción a ello— se aliaron con Napoleón III y Eugenia de Montijo que, aprovechando un poco que los americanos estaban distraídos resolviendo sus diferencias, impusieron un imperio en México y, aunque el príncipe europeo resultó ser más liberal que los liberales mexicanos, fue hasta después de su fusilamiento y de la locura de Carlota que los liberales afianzaron su poder con Benito Juárez a la cabeza.



Gerónimo con acompañantes, retrato, Tombstone, Arizona (Fondo Culhuacán, Fototeca INAH, inv. 422 787)

poderes ejecutivo y legislativo, y acatadas por los diversos sujetos y grupos sociales, independientemente de su origen. Ésta es a mi modo de ver la manera como se construyó la nación norteamericana, a partir de un aparato estatal sólido que llegó a generar las reglas de sociabilidad, que permitieron a los inmigrantes —provenientes de diversos orígenes culturales y geográficos— integrarse a la nueva nación al asumir y reproducir dichas leyes. De tal suerte que la consolidación de una nación estadounidense está relacionada estrechamente con la actividad legislativa y por tanto normativa del Estado.

El Estado norteamericano no es producto de una cohesión social, cultural o racial. A diferencia de su país vecino —cuya población mantenía profundos vínculos históricos y étnicos, pero un Estado criollo y débil—, la Unión Americana se configuraba como una nación joven, en formación, integrada por un gran número de desterrados europeos y de diversos grupos sociales que se amalgamaban, conservando una fuerte noción de origen, ultramarino y no local, que fundamentaba sus nuevas identidades.

Estados Unidos es el producto de un consenso político, ideológico y social, en el que un grupo de políticos

liberales asumieron el poder en una sucesión de presidencias que se institucionalizaron muy pronto como un régimen bipartidista. Este bipartidismo, ya peculiar de esa nación, expresa también la rivalidad entre dos tendencias económicas y de concepción acerca de la Unión, *grosso modo*: los nordistas, impulsores de la industria y del trabajo libre, contrarios al esclavismo; abolicionistas de principio y promotores del capitalismo liberal fundado en la libre empresa; por otro lado los sudistas, que basaban su economía en la agricultura con base en la explotación del algodón, fundada en el esclavismo; grupos sociales con una mentalidad de frontera, con tendencias secesionistas y más daclaradamente anexionistas.

Ese bipartidismo expresa también la contradicción intrínseca entre el movimiento expansionista y las tendencias secesionistas. Esta contradicción, a mi modo de ver, da sentido y dirección a la historia de Estados Unidos durante el siglo XIX.

Josefina Z. Vázquez, quizá la más docta historiadora de esta guerra, dice que el expansionismo es connatural a la experiencia estadounidense. No sólo por la presión natural a la colonización de tierra adentro que ejercieron los millones de inmigrantes llegados en distintas hordas por



Niña indígena pintando cerámica, E.U., ca. 1920 (Fondo Cultuacán, Fototeca INAH, inv. 459 809)

el Atlántico, sino también por su peculiar mentalidad innovadora, que representó una experiencia de ruptura con la sociedad europea, al tiempo que participaban en la creación de una nueva nación. En los hechos tenían que construir todo (o quizás acabar con todo) para colonizar y avanzar.

La presencia de líderes religiosos, muchos de ellos perseguidos en Europa a causa de sus ideas, permitió un discurso de renacimiento que formó parte de la ideología que se iba gestando por y para el movimiento. La creación de dos religiones autóctonas hacia finales del siglo XIX: la Iglesia de los Santos de los Últimos Días y los Testigos de Jehová, es, a mi entender, una expresión concreta de la pujanza del movimiento y del tipo de ideas que produjo para reproducirse a sí mismo. A este respecto, Josefina Z. Vázquez escribe: "...las diversas formas de pensamiento utópico o reformador, que se multiplicaron durante la primera mitad del siglo XIX, también sirvieron de estímulo para empujar a los hombres al oeste: ya fuera para evitar la esclavitud, para fundar socie-

dades más perfectas o para preservar la práctica de la poligamia —como en el caso de los mormones".²

En tanto movimiento social, el expansionismo se fundó entonces en la oposición al modelo europeo y en la práctica de la renovación y la construcción de una nación que es la América. Los *americanos* son el nuevo sujeto social producto del movimiento. *América para los americanos*, la frase más célebre de la Doctrina Monroe, es la expresión más pura de la peculiar ideología que da sentido y justificación al crecimiento de la nación norteamericana.

El expansionismo y el seccionalismo fueron haciendo así, con su contradicción, el movimiento de construcción de los Estados Unidos. Pues mientras el expansionismo como ejercicio del poder y de la política implicó siempre intereses partidistas, el seccionalismo se mantuvo latente como salida a esa tensión aunque atentaba contra *la unión*, justificación última del expansionismo.

El expansionismo, fuese defendido o cuestionado, representó la forma en que ese Estado se consolidaba, al ir incrementando su territorio. La introducción de nuevos estados en la Unión significaba la potencial pérdida del equilibrio político entre sudistas y nordistas. El Estado tendió a buscar el equilibrio, pero con frecuencia se produjeron tensiones y riesgos de secesión. No era la anexión de territorio lo que cuestionaban algunos políticos, sino el hecho de que una vez sido aceptados como estados de la Unión Americana, se les considerara esclavistas o libres. En esto radicaba el equilibrio para que se mantuviese la Unión.

The Mexican War fue entonces un recurso estratégico del Estado norteamericano para conseguir el territorio de la Alta California y con él el puerto de San Francisco. La reconstrucción histórica de este acontecimiento, desde la perspectiva estatal, fue dejando la sensación de que leemos la *crónica de una guerra anunciada*, porque no queda duda que se trata de una guerra planificada y dirigida desde Washington.³

Dentro del Estado norteamericano, no existió sin embargo una sola postura en relación a la guerra con-

² Josefina Z. Vázquez, "¿Dos guerras contra Estados Unidos?", en Josefina Zoraida Vázquez (coord.), *De la rebelión de Texas a la guerra del 47*, México, Nueva Imagen, 1997, p. 14.

³ No cabe duda de que también para los políticos en el poder en México se trató de una guerra de Estado en el sentido de asumirla como una posibilidad de consolidar su poder, sobre todo ante la eventualidad de un acuerdo financiero con el gobierno de Polk. Si bien los acontecimientos les fueron adversos, las elites del ejército criollo pretendieron sacar prebendas políticas de esta coyuntura, pero ese otro lado de la moneda de esta historia es motivo de un segundo artículo.

tra México. Hubo opositores célebres como el expresidente John Q. Adams; la guerra y su objetivo, la obtención de una salida territorial al Pacífico, desataron aun antes de su consumación un álgido debate en las cámaras del congreso, especialmente en torno al tema de la esclavitud y el futuro político de los nuevos estados. Esta guerra vino a cuestionar todo el ejercicio estatal y a poner en riesgo los intereses partidistas, regionalistas y unionistas. Es sin duda *The Mexican War* un acontecimiento que precipitó o anticipó otra guerra, esta vez intramuros, la guerra civil, que ha sido calificada como la más sangrienta y trastornadora guerra ocurrida en Estados Unidos, en la que los ferrocarriles jugaron un papel principal, quedando en la memoria de los estadounidenses como un acontecimiento patrio y fundador.

Por el contrario, esta *Mexican War* tan exitosa, en términos de sus objetivos y su realización, quizá por haber sido una “guerra de conquista”, una guerra sin héroes de la que se dijo que servía a los intereses de la esclavitud, una guerra que desató apasionadas polémicas en aquel país, será olvidada con el tiempo, quedando en la memoria colectiva norteamericana como algo nebuloso o inexistente. Incluso la historiografía estadounidense la ha relegado dándole poca importancia. Curioso. Esta historia será sustituida por un mito, aquel del hombre que se hace a sí mismo, el mito del progreso y la libertad que conquistan territorios de nadie para transformarlos en paraísos de leyes y civilización.

La guerra contra México y el presidente James K. Polk

En el año de 1844 se celebraron las onceavas elecciones presidenciales en Estados Unidos. La anexión de Texas a la Unión Americana fue el tema más polémico en el debate electoral en aquel momento. Aparentemente sólo James Knox Polk —el candidato por el Partido Demócrata— asumió una posición anexionista de manera abierta, tomándolo como uno de los puntos de su programa de gobierno. Aunque sin mucho margen, ganó las elecciones.

Recordemos que Texas había declarado su independencia en 1836, tras la rebelión de los colonos angloamericanos contra el gobierno mexicano, encabezada por los Austin y por Samuel Houston. Para 1845, año en que pasó a formar parte de Estados Unidos, Texas era entonces una república no reconocida oficialmente por México.

Parece ser que el éxito de la campaña a la presidencia de Polk se basaba en su discurso abiertamente expansionista. El candidato era considerado un sureño, esclavista



Grupo de indígenas, retrato, San Diego, ca. 1870-1880 (Fondo Culhuacán, Fototeca INAH, inv. 451 783)

y hasta el primer *dark horse* de la política norteamericana. Era hijo político de Jackson. Había hecho carrera con el Partido Demócrata al que se oponían los “Whigs”, un partido efímero pero de origen nordista que se formó precisamente para oponerse a la candidatura de Jackson (entre 1825 y 1830). Más tarde, en 1854, del Partido Whig se creó el Partido Republicano.

Es posible que al momento de asumir la presidencia de su país, en 1845, James Polk ya tuviera en mente la idea de la guerra contra México. Uno de los lemas electorales fue “Cincuenta y cuatro cuarenta o guerra”, en relación al territorio de Oregon en disputa con Inglaterra. A Texas la consideraba como un territorio reanexado a los Estados Unidos. Paradójicamente, los documentos de la época y su propio *Diario* permiten arribar a la conclusión de que mientras la confrontación con Inglaterra fue algo que todo el gobierno norteamericano tendió a evitar —y lo mismo hizo Gran Bretaña—, la guerra contra México fue cada día mas necesaria a los intereses de Estado y a la obligación de fortalecer la unidad *americana*



Indígenas, retrato, San Diego, ca. 1870-1880 (Fondo Culhuacán, Fototeca INAH, inv. 451 788)

na. Y entonces fue Texas el argumento político para propiciar el conflicto, y fue el ejército del general Taylor el instrumento para detonar el enfrentamiento bélico.

No obstante considerar al expansionismo estadounidense como una causal de la guerra contra México, en todas las versiones de esta historia se ha asignado una particular responsabilidad al presidente James Knox Polk (1795-1849).

Esta responsabilidad de Polk en *The Mexican War* a la que todos los historiadores contemporáneos hacen referencia no es fortuita. Por principio, Polk llevó un minucioso *Diario* de sus actividades políticas y una de sus acciones más importantes, en tanto presidente de Estados Unidos, fue precisamente esta guerra. Esta confrontación con México fue para él un asunto primordial entre finales de 1845 y principios de 1848. Curiosamente, Polk perdió mucho de su interés por este tema apenas supo que

se firmaría el tratado de paz con México, entonces lo dominó la idea de comprar la isla de Cuba, California y Nuevo México, pasando a ser ahora éstas sus prioridades.

Después de su publicación en 1910, el *Diario* del presidente Polk se volvió una de las fuentes obligadas en esta historiografía. Pero además, la primera lectura del texto deja una fuerte sensación del protagonismo estelar que el propio Polk se obsequió a sí mismo en sus relatos. Es él quien, por obra del discurso, hizo la guerra, pudiendo decir que fue *su* guerra.

En su discurso personal, James K. Polk se asume como el director de *The Mexican War*, esperando que sus amigos del congreso y de otros puestos le dejaran dirigir a su modo este asunto, tal como él lo creyera conveniente; se enojaba cuando alguien no obedecía sus órdenes y, aunque aparentando serenidad y templanza, en su fuero interno, juzgaba con severidad a quien hablaba en su contra; era *él*, en tanto Presidente, quien mandaría, quien decidiría, quien concentraba toda la información e iba imaginando al discutir con su gabinete los pasos a seguir en la conducción de la guerra. Cuidaba todos los frentes y se preocupaba por lo que él llamaba los detalles. Pensaba, por ejemplo, en enviar algunos sacerdotes católicos acompañando al ejército de su país a México, con el fin de “desengañar a los mexicanos” que, bajo la influencia de los curas y siendo ignorantes como son, “podrían llevar una guerra desesperada y más sanguinaria para nuestro ejército”; pensaba en el número de voluntarios que cada estado debería aportar, proponía y daba seguimiento a los proyectos de ley; en colaboración con su gabinete redactaba mensajes al congreso o cartas con instrucciones para militares o representantes de su gobierno; se hacía aconsejar por las personas conocedoras para formarse una idea precisa.

El propósito de la guerra, expreso en su *Diario*, era la conquista de California, por lo que resultaba necesario tomar Nuevo México y después todo el territorio que fuera posible anexas. Su objetivo era lograr una guerra de corta duración y lo menos costosa posible. Su estrategia era la posesión militar de California y Nuevo México, el bloqueo portuario y la invasión de territorio al sur del Río Grande, que si bien en un primer momento sería intentado vía Chihuahua y Monterrey, después se decidiría por tomar Veracruz y asaltar la capital de México.

Este cambio de planes en la estrategia de Washington también lo advierte el historiador Roa Bárcena que, sin conocer la existencia del *Diario* de Polk —pero habiendo presenciado los acontecimientos—, concluye en sus *Apuntes para la historia de la invasión norteamericana*:

Tuvo (la guerra) dos fases o períodos principales, abrazando el primero de ellos desde las primeras batallas del lado de allá del Bravo (Palo Alto y Resaca), hasta la de la Angostura, y figurando en este primer período como principal jefe Taylor; y predominando el mayor General Winfield Scott en el segundo, abierto con el asedio y la toma de Veracruz, y cerrando con la toma de México y la celebración del tratado de paz.

Desde el asedio y toma de Monterrey de Nuevo León, el ejecutivo (se refiere a Polk y su Gabinete), comprendió lo tardío de los resultados del plan de Taylor y resolvió cambiar el de todas las operaciones y acelerarlas tomando el camino más corto para la capital de México. Siendo dueños del mar sus buques, estimó fácil desembarcar su ejército en algún punto de la costa oriental, eligió a Veracruz, llamó a Scott a fines de noviembre de 1846 y le hizo tomar el mando de todo el ejército invasor, que de ante mano le había sido conferido, encomendándole la ejecución del nuevo plan. Scott, antes de salir de los Estados Unidos, se dedicó activamente a tomar las disposiciones necesarias, y anunció a Taylor que se vería en la necesidad de privarle de sus mejores tropas... el ejército de Río Grande quedó considerablemente debilitado antes de medirse con el grueso de las fuerzas mexicanas en la Angostura.⁴

Es evidente que la dirección de Washington en el curso de la guerra contra México fue advertido en el momento mismo en que sucedían los acontecimientos. Sin embargo, el argumento más importante para concluir que James Polk, en tanto presidente de los Estados Unidos junto con su gabinete, tuvieron una fuerte participación histórica en *The Mexican War*, es que los acontecimientos militares de esta guerra, es decir, la primera escaramuza en la rivera del Río Grande, ocurrida el 25 de abril de 1846, las batallas subsecuentes, la ruta de invasión y el tipo de ataque, tal cual sucedieron realmente, fueron primero imaginados, o a veces sólo intuidos por el poder ejecutivo de Washington. Acontecimientos que antes de suceder fueron pensados y examinados por él y su gabinete como estrategia para conseguir la cesión de territorio por parte del gobierno mexicano.

Esto es así por ejemplo para el caso de la escaramuza que dio motivo a la declaración de guerra, la toma de Monterrey, Chihuahua, la toma del puerto de Tampico, la ciudad de Veracruz y de la Ciudad de México. Además de la decisión del bloqueo de los principales puertos

de México —que antecedió a la declaración misma de guerra—, Polk y su gabinete van tomando decisiones cada martes y cada sábado sobre cómo y de qué manera proseguir la guerra, con el fin expreso de presionar a la negociación de la paz lo más pronto posible.

Tengo la impresión, al leer su *Diario*, que la estrategia de guerra se va construyendo a partir de la información que recibe Polk de los implicados en el evento, como el general Taylor en el río Bravo y en Monterrey, de sus consejeros como el coronel Benton, senador por Kentucky, quien le sugiere la osada idea de tomar la Ciudad de México y logra convencerlo rápidamente de llevar a cabo esta acción, de las propuestas del general Winfield Scott, quien fue nombrado jefe supremo de las fuerzas de invasión de Estados Unidos, o de visitantes como el misterioso caballero llamado coronel Alejandro Atocha, quien le insinúa venir en representación del general Santa Anna, exiliado en aquel momento en La Habana, para proponerle un trato muy suspicaz, que incluía el regreso de Santa Anna al poder en México, y que ciertamente parece dejar intrigado al señor presidente.

A través de la lectura de su *Diario*, se puede conocer el manejo político cotidiano de Polk y su gabinete. Metafóricamente, nos asomamos por una cortina de la oficina de Polk y presenciamos cómo trabaja un presidente en la Casa Blanca, cómo se ve él a sí mismo, cómo ve a los demás. En el texto se perciben los distintos niveles de la comunicación entre los hombres del gobierno, aquello que es secreto, las misiones secretas, aquello que se insinúa, la intriga política, aquello que es público, o aquello que sólo Polk piensa y no dice. Se percibe también la lucha partidista, de facciones y por la sucesión presidencial. Se palpa una tensión con los altos mandos del ejército a nivel de la toma de decisiones, especialmente con el general Taylor (futuro presidente de los Estados Unidos), a quien Polk considera incapaz para el mando y sobre todo con el general Scott (posterior candidato a la presidencia por el partido Whig), por quien Polk guarda una gran desconfianza a causa de su insubordinación y oposición a su administración.

Y conforme iban sucediendo estos acontecimientos y el presidente con su gabinete recibían despachos del correo del Sur, al tiempo que discutían y tomaban decisiones para los futuros pasos en la prosecución de la guerra, hasta conseguir la firma del Tratado de Guadalupe Hidalgo, a principios de 1848, James Polk escribía y relataba en su *Diario* las conversaciones, acuerdos y las visitas, cada que tenía un tiempo, a solas, con alto detalle y conciencia de su posición de presidente de los Estados Unidos, como quien se adelanta a la historia y le deja su huella.

⁴ José María Roa Bárcena, *Recuerdos de la invasión norteamericana (1846-1848) por un joven de entonces*, vol. 1, México, Consejo Nacional para la Cultura y las Artes, 1991, pp. 56-58.

HISTORIA

Junto con Polk, vamos construyendo la estrategia de una guerra que políticamente suscitó controversias, excitación pública, entusiasmo y temor, alborozo e indignación en la Unión Americana. Por esta guerra Polk se hizo enemigos políticos que lo atacaron con dureza. Él hacía grandes esfuerzos por permanecer impasible al huracán que se desató por el control de la guerra y su botín. Era un hombre muy enérgico, de gran vitalidad y capacidad de concentración, sin embargo su salud, de naturaleza frágil, decayó bastante hacia el final de su administración en la que, literalmente, se le fue la vida. Murió apenas unos meses después de terminar su mandato, en junio de 1849, y fue enterrado en la ciudad de Nashville, Tennessee.

Con todo esto quiero decir que, tras la lectura pausada de su largo *Diario*, se hace evidente la profunda implicación del presidente Polk en los sucesos bélicos de 1846. Una implicación personal y política que sin embargo no explica en sí misma el por qué de la guerra. En tanto presidente de los Estados Unidos, Polk fue un personaje público que condensa en su hacer las pulsiones más vitales del movimiento expansionista y les da curso y sentido histórico.

Bibliografía

- Cabrera, Luis (recop., trad., pról. y notas), *Diario del Presidente Polk (1845-1849). Reproducción de todos los asientos relativos a México, tomados de la edición completa de M.M. Quaiyer con numerosos documentos anexos relacionados con la guerra entre México y Estados Unidos*, México, Antigua Librería Robredo, 1948.
- Paso, Fernando del, *Noticias del Imperio*, México, Diana Literaria, 1998.
- Roa Bárcena, José María, *Recuerdos de la invasión norteamericana (1846-1848) por un joven de entonces*, 2 vols., México, Consejo Nacional para la Cultura y las Artes, 1991.
- Schumacher, María Esther (comp.), *Mitos en las relaciones México - Estados Unidos*, México, Fondo de Cultura Económica, 1994.
- Valadés, José C., *Breve historia de la guerra con Estados Unidos*, México, Diana, 1993.
- Vázquez, Josefina Zoraida (coord. e introd.), *México al tiempo de su guerra con Estados Unidos (1846-1848)*, México, El Colegio de México / Fondo de Cultura Económica / Secretaría de Relaciones Exteriores, 1997.
- , “A manera de introducción”, en *México al tiempo de su guerra con Estados Unidos (1846-1848)*, México, El Colegio de México, Fondo de Cultura Económica, Secretaría de Relaciones Exteriores, 1997.
- , “¿Dos guerras contra Estados Unidos?”, en Josefina Zoraida Vazquez (coord), *De la rebelión de Texas a la guerra del 47*, México, Nueva Imagen, 1997.
- Velasco Márquez, Jesús, “La separación y la anexión de Texas en la historia de México y los Estados Unidos”, en Josefina Zoraida Vázquez (coord.), *De la rebelión de Texas a la guerra del 47*, México, Nueva Imagen, 1997, pp. 125-165.
- Velasco, Jesús y Thomas Benjamin, “La guerra entre Estados Unidos y México, 1846-1848”, en Schumacher, María Esther (comp.), *Mitos en las relaciones México - Estados Unidos*, México, Fondo de Cultura Económica, 1994.
- Weber, David J., *La frontera norte de México, 1821-1846. El sudoeste norteamericano en época mexicana*, México, Fondo de Cultura Económica, 1988.

